

El jardín del hombre ciego

Nadeem Aslam nació en 1966 en Pakistán. Emigró a Inglaterra a los catorce años, cuando su padre escapó del régimen del presidente Zia. Su novela *Season of the Rainbirds* (1993), ambientada en el Pakistán rural, recibió el Premio Betty Trask y el Author's Club a la mejor primera novela, y fue finalista de los premios Whitbread a la Mejor Primera Novela y Memorial John Llewelyn Rhys del *Mail on Sunday*. En España también se han publicado sus novelas *La casa de los sentidos* y *Mapas para amantes perdidos*.

Para Sadia y Nasir

ÍNDICE

I. Notas a pie de página de la derrota.	11
II. El jardín del hombre ciego	139
III. Hijos iguales	321
IV. Isaías	395

I

NOTAS A PIE DE PÁGINA DE LA DERROTA

Pero, ante todo, la negra sangre caída a tierra de una sola vez con la muerte de un hombre, ¿quién podrá volver a llamarla a la vida mediante ensalmos?

ESQUILO

La historia es el tercer padre.

Mientras Rohan camina por el jardín, poco después del anochecer, le viene a la cabeza un recuerdo de la infancia de su hijo Jeo, un recuerdo que le hace reducir el paso hasta que, al final, se detiene. Frente a él las velas arden en distintos lugares de la casa porque no hay electricidad. Se dice que en ciertas circunstancias las heridas emiten luz, si se tocan el brillo se transmite a las manos, y mientras las velas arden Rohan piensa que cada llama es una herida que ha sufrido su casa.

Una noche, Jeo puso un gesto de preocupación cuando su padre le contaba un cuento. Rohan dejó de hablar, se acercó hasta él y lo cogió en brazos, sintiendo los temblores del pequeño cuerpo. Cuando llegaba el anochecer, el niño intentaba convencerse a sí mismo de que el mundo seguiría existiendo cuando cayera dormido, que lograría salir a la luz al otro lado. Pero esa noche era distinta. Al cabo de unos minutos le confesó a su padre que la angustia se debía a la aparición del malo del cuento. Rohan soltó una pequeña risa.

—Pero ¿alguna vez has oído un cuento en el que el malo acaba ganando? —preguntó el padre.

El niño meditó la respuesta.

—No —dijo al final—, pero antes de perder hacen daño a los buenos. Eso es lo que me da miedo.

Rohan mira por la ventana y sus ojos se posan en el árbol que plantó su mujer. Hace veinte años que murió, cuatro días después de dar a luz a Jeo. El aroma de las flores del árbol puede detener una conversación. Rohan no conoce una fuente más pura de melancolía. El viento frío agita el árbol, un puñado de hojas de una rama pequeña, de esas que un soldado podría arrancar antes de la batalla y ponérselas en el casco a modo de camuflaje.

Mira hacia el reloj. Dentro de unas horas Jeo y él partirán en un largo viaje y tomarán el tren nocturno a la ciudad de Peshawar. Es octubre. Estados Unidos sufrió los atentados el mes pasado, un día en el que el fuego azotó sus ciudades. Y como consecuencia de ello, los ejércitos occidentales han invadido Afganistán. «La batalla del World Trade Center y el Pentágono» es el nombre que han dado algunos aquí, en Pakistán, a los ataques terroristas de septiembre. Son los mismos que se aferran a la lógica de que no hay gente inocente en una nación culpable. Y, de un modo parecido, al cabo de unas semanas son los edificios, los huertos y las colinas de Afganistán los que son arrasados por las bombas y los morteros. Los heridos son trasladados a Peshawar y Jeo quiere acercarse al límite de la ciudad para ayudar a atenderlos. Padre e hijo llegarán allí al amanecer, después de un viaje de diez horas que durará toda la noche.

En el cristal de la ventana se refleja el rostro de Rohan: el castaño intenso de los iris, la barba descolorida queda realzada por el leve resplandor de la vela. Su cara deja constancia del peso del tiempo en el alma.

El anciano sale al jardín, donde los primeros haces de la luz de la luna caen sobre las hojas y la enramada. Saca una linterna

de un hueco. Levanta la linterna bajo el árbol de algodón de seda y alza la vista a la inmensa copa. Los árboles más altos del jardín son diez veces más altos que un hombre y ni siquiera con el brazo estirado Rohan es capaz de lograr que la luz alcance más allá de las hojas más próximas. No puede ver ninguna de las trampas para pájaros: el entramado de fino alambre oculto entre el follaje, nudos que cobrarán vida y se tensarán lo suficiente para retener un ala o un cuello en delicada e inofensiva cautividad.

O eso afirmó el desconocido. El hombre había aparecido en casa a última hora de la mañana y pidió permiso para poner las trampas. Llevaba una jaula grande y rectangular sujeta en la parte posterior de su bicicleta oxidada. Le explicó que recorría la ciudad con la jaula llena de pájaros y la gente le pagaba para que soltara uno o más, y ese acto de compasión permitía que el cliente obtuviera el perdón por alguno de sus pecados.

—Me conocen como «el perdonador de pájaros» —dijo—. El pájaro liberado reza una plegaria en nombre de aquel que ha comprado su libertad. Y Dios nunca hace caso omiso de las plegarias de los débiles.

Rohan observó para sí mismo que la jaula era tan grande que en su interior cabía un hombre.

La idea del desconocido le resultó muy complicada, su razonamiento tenía defectos. Si un pájaro reza una plegaria por la persona que ha comprado su libertad, ¿por qué no pedía el castigo de aquel que lo había cazado y enjaulado? ¿Y el de aquel que lo había permitido? Al final decidió reflexionar sobre la cuestión y le pidió al hombre que regresara más tarde, pero cuando se despertó de la siesta descubrió que el perdonador de pájaros había tomado su anodina conversación por un acuerdo. Mientras Rohan dormía, entró de nuevo en la casa, le aseguró a Jeo que contaba con el permiso de su padre y puso varias trampas.

—Me ha dicho que volverá mañana temprano a buscar los pájaros —dijo Jeo.

Rohan alza la vista hacia los árboles de grandes ramas mientras se desplaza por el jardín, bajo las miles de hojas durmientes que rodean su casa. De vez en cuando se levanta una ráfaga de viento, pero por lo demás reina la calma, un silencio perfecto en el aire nocturno. Está seguro de que muchas de las trampas ya se

han activado y tan solo puede imaginar el miedo y el sufrimiento de los pájaros capturados, que revolotean y cantan sus delicadas melodías en las ramas durante todo el día, como si sus perfiles y manchas estuvieran dibujados con una pluma más fina que todo lo que los rodea, con un trazo más preciso y nítido. Ahora casi percibe los ojos, que se extinguen de dos en dos.

Cuanto mayor sea el pecado, más raro y más caro es el pájaro que se necesita para borrarlo. ¿Es así como gestiona su negocio el perdonador de pájaros? Un gorrión por un pequeño engaño, pero un papamoscas del paraíso y un monal colirrojo por albergar alguna duda sobre Su existencia.

Posa la mano en la corteza del árbol, como si quisiera transmitir paciencia y ánimos a las criaturas. Fue el fundador y director de una escuela, y el afecto que siente por este árbol se debe a sus vínculos con la educación, ya que desde la antigüedad se han hecho tablillas para escribir con su madera, un uso reflejado en su nombre en latín: *Alstonia scholaris*.

Con la linterna en la mano echa a caminar en dirección a la casa que se encuentra en el mismo centro del jardín. Antes de construirla había visitado las ciudades de La Meca, Bagdad, Córdoba, El Cairo, Nueva Delhi y Estambul, los seis lugares del antiguo esplendor y posibilidad del islam. De cada una trajo un puñado de tierra que esparció por el aire en un arco, observando mientras la creencia, la virtud, la verdad y el juicio se escurrían entre los dedos y caían suavemente al suelo. La línea purificadora, en forma de luna creciente o guadaña, se encontraba donde había puesto los cimientos.

En el siglo XIX, el bisabuelo de Rohan había criado caballos en esta extensión de tierra, y sus animales se habían granjeado una gran fama por su cuerpo fibroso, su agilidad y su fuerza, por su capacidad para recorrer terrenos pedregosos sin herraduras. En el transcurso del motín que se desató contra los británicos en julio de 1857 un grupo de hombres fueron a ver al criador de caballos el día del eclipse, y en los diecisiete minutos de penumbra los amotinados hablaron sobre causa y nación, apuntando con estas palabras a modo de flechas contra el poderío armado del Imperio. A la sazón, Gran Bretaña era la potencia suprema del planeta y el destino del mundo pendía de un hilo. Los

amotinados necesitaban su ayuda, pero el criador les dijo que no podía darles ningún caballo. Había enviado al trotón de Norfolk y a los sementales árabes, a las yeguas de Dhanni, Tallagang y Kathiawar a un lugar apartado para que se salvaran de la fiebre ludhiana que azotaba la zona.

Cuando los rebeldes se dieron la vuelta con la intención de irse, la tierra se abrió lentamente ante ellos, apareció una grieta que creció y se convirtió en una fisura en forma de estrella. Una pequeña esfera de cristal negrísimo se materializó en el centro de la estrella. Entonces se dieron cuenta de que era un ojo, una mirada antigua centrada en ellos y que atravesaba la tierra. Un fantasma. Una quimera. Al cabo de un instante la cabeza del caballo había emergido del suelo, el enorme cuello musculoso dio una embestida e hizo volar la tierra por el aire que el eclipse había sumido en la oscuridad. Los cascos encontraron el punto de apoyo necesario y salió a la luz el resto del animal entre resoplidos, la imponente caja torácica y la grupa enorme y poderosa. Carne desgarrada del planeta vivo.

La tierra explotó. Una docena de caballos, luego casi dos, y sus relinchos preñaron el aire después de todas las horas pasadas a oscuras. Una erupción de almas furiosas surgida de las profundidades. La tierra levantada y los chillidos de las mandíbulas liberadas y el pánico de los hombres en la oscuridad en pleno día.

El día anterior, el bisabuelo de Rohan recibió el aviso de que los amotinados perseguidos por los británicos intentarían apropiarse de sus animales. Durante varias horas, sus nueve hijos y él habían preparado un abrevadero más profundo que su semental más alto y luego habían introducido a los veinticinco caballos en su interior; sus pelajes negros, blancos, tobianos y ruanos resplandecieron bajo los rayos oblicuos del sol crepuscular.

Los caballos gozaban de la estima de sus amos y confiaron en ellos cuando les vendaron los ojos y los condujeron al foso, pero aun así reaccionaron encabritados cuando los hombres empezaron a enterrarlos, e hicieron repicar los cascos a medida que subía el nivel de tierra. Franjas de espuma blanca y salada recorrían el cuerpo de los equinos y los hombres les susurraban las frases o palabras que sabían que les gustaban para tranquilizarlos,

si tal cosa era posible. Aun así siguieron adelante con el plan a un ritmo constante y con determinación durante toda la noche mientras las estrellas aparecían sobre ellos como un bosque de cristal, y tampoco se detuvieron más tarde cuando se desató una tormenta que alteró el paisaje con sus rayos, como si se estuviera librando una guerra y se hubiera desatado una rebelión también en el cielo, porque no iban a permitir que ni uno de los caballos cayera en manos de los amotinados; el bisabuelo de Rohan consideraba que habían tomado una decisión errónea y se mantenía fiel a los británicos.

Cuando solo se veían los cuellos de los caballos, los hombres saltaron dentro de la trinchera y apisonaron la tierra con los pies, corriendo entre las veinticinco cabezas que sobresalían del suelo mientras fogonazos de fuego azul descendían del cielo surcado de relámpagos y se reflejaban en las crines de los caballos y en las barbas y el pelo de los hombres.

Alá le dijo al viento del sur «¡Transfórmate en carne!», y así se creó el caballo árabe.

Al final la clemencia se apoderó de sus corazones; los diez hombres bajaron al hoyo y taparon la cabeza de los animales con un cesto del revés, una capucha de fibras vegetales, juncos y hojas de palma entretejidas, y se aseguraron de no cubrir los cestos por completo, dejando un hueco del tamaño del pulgar para que entrara aire. Solo se oía el sonido amortiguado de los cascos al repicar en la tierra cuando una línea roja brillante surcó el horizonte detrás de los hombres, que esperaron la llegada de los amotinados, conscientes de pronto de su peso en el suelo.

Los insectos se sienten atraídos por la linterna que Rohan sostiene en la mano cuando regresa a casa, unas polillas que parecen las virutas de madera de un sacapuntas, unas polillas tan grandes y con una pigmentación tan llamativa que pueden confundirse con mariposas.

Frente a él, en el camino, hay una pluma negra que se le ha caído a uno de los pájaros atrapados en las trampas.

Al final el motín fue sofocado, se puso fin a mil años de mandato islámico en la India y Gran Bretaña conquistó el poder. Un

territorio musulmán pasó a manos de no creyentes y los antepasados de Rohan desempeñaron un papel fundamental en ello.

Esta era la mácula de más de un siglo de antigüedad que Rohan había intentado limpiar esparciendo las tierras de las seis ciudades amadas de Alá. La Meca. Bagdad. Córdoba. El Cairo. Nueva Delhi. Estambul. Las esparció siguiendo la forma de la trinchera en la que fueron enterrados los caballos, la grieta de la que resucitaron ellos mismos.

El muro que delimita la casa está cubierto de jazmín, la flor nacional de Pakistán. Jeo camina a lo largo de él y entra en la sala que había hecho las veces del estudio de su madre. Deja la vela encendida en el escritorio, cuya superficie está cubierta de manchas de tinta de su pluma. No han cambiado la hoja del calendario desde su muerte, el mes que nació él.

Abre un gran libro de mapas; las páginas y su propio aliento, los únicos sonidos de la habitación. Ha mentido sobre el viaje a Peshawar. Desearía estar donde más lo necesitan, lo más cerca posible de la carnicería de esta guerra, y ha realizado en secreto todos los preparativos necesarios para cruzar la frontera con Afganistán por Peshawar.

Se inclina sobre los mapas bajo la cálida luz de la estancia, observa la geografía de la Provincia de la Frontera Noroccidental, el lugar adonde viajará esta noche con su padre. Sus ojos se desplazan de un lugar a otro. Allí se encuentra la cadena montañosa llamada Pir Sar que Alejandro sitió en el 326 a.C.; un reducto tan formidable que se dice que resultó inexpugnable incluso para el propio Heracles, hijo de Zeus. Y en 1221, Gengis Khan persiguió al último príncipe musulmán del Asia Central hasta ese lugar al sur de Peshawar. Y allí se encuentra Pushkala-vati, que fue un destino habitual de peregrinos chinos durante los siglos V, VI y VII porque fue donde Buda entregó sus ojos a modo de ofrenda.

El hecho de que vaya a cruzar la frontera de Afganistán es un secreto no solo para su padre. Jeo no ha revelado sus intenciones a la que es su mujer desde hace doce meses, ni a su hermana ni a su cuñado, ya que ha querido ahorrarles un miedo innecesario.

sario. Rohan lo acompañará esta noche a Peshawar y regresará a casa pasado mañana, cuando Jeo ya esté en Afganistán.

De niño se quedaba dormido escuchando las historias que le contaba su padre y soñaba con los mártires. Veía cómo sus almas se desprendían de los cuerpos ayudadas sutilmente por ángeles y otros seres alados, el sol y las nubes rojas y los pájaros parecían manchados de sangre cuando alzaban el vuelo. Y en el sueño sabía que se habían enfrentado a una voluntad aterradora y a una fuerza aterradora, ninguna de las dos forjadas por la guerra sino reveladas por ella, puestas en sus almas mucho antes de nacer, y cuando dormía Jeo sabía que estaban todos con él, que eran los hombres que él era antes de ser este hombre, los miles de fantasmas que se remontaban varias generaciones y mientras dormía le confiaban cuestiones no solo de la vida y la muerte, sino también de la muerte y la vida *eternas*.

Con gran cuidado arranca varios mapas del libro, y bajo la luz de la habitación las montañas y cordilleras y los desfiladeros de roca que se ramifican hasta el infinito aparecen como si las páginas estuvieran arrugadas, y se apodera de él el deseo momentáneo de alisarlas. Bombas guiadas por láser caen en las páginas que tiene en las manos, misiles lanzados desde el mar Árabe, desde buques de guerra estadounidenses que son tan largos como el Empire State de alto.

Sale de la habitación y cruza el jardín con movimientos ágiles que lanzan sombras en todas las direcciones cuando roza las hojas, sin dejar de mirar hacia arriba. Cuando un pájaro queda atrapado en el primer nudo, una serie de mecanismos se activan al instante para inmovilizarlo por completo e impedir que se haga daño a sí mismo.

En la galería guarda el mapa en la bolsa de viaje. Hay luz en la ventana de la habitación que comparte con su mujer, Naheed, y ve que su sombra se desliza por la pared. La luz es ámbar como el color de sus ojos y su mente evoca el Niágara oscuro de su melena y el peso de la mano de su mujer sobre su pecho durante la noche. El deseo lo invade de nuevo, un deseo por tenerla a su lado, consciente de que no volverá a verla durante un tiempo. Cruza el pasillo oscuro, entra en la habitación y Naheed se vuelve hacia él.

Mikal lo acompañará a Afganistán. Se encontraron de manera fortuita la semana pasada, cuando Jeo salía de casa con la motocicleta y se dirigía hacia el otro extremo de la ciudad, por la Gran Carretera Principal. Una vez allí se presentó formalmente en el cuartel general de la organización que envía a hombres a Afganistán. Necesitan médicos y, aunque Jeo está cursando el tercer año de medicina, lejos aún de haber completado su educación, se mostraron encantados de aceptar su ayuda. Se trata de una organización benéfica e incluye una madraza que se encarga de la alfabetización de los niños de familias pobres —veinte aulas, todas llenas de voces que rebosan un murmullo de advertencia y cánticos de alabanza, como una colmena—, y estaba a punto de salir cuando, en una puerta cercana, vio asomarse a alguien cuyo rostro lucía una mirada de aislamiento inquebrantable.

—Mikal.

Si el amor era el resultado de entrever un fugaz atisbo de la soledad del otro, entonces él amaba a Mikal desde que ambos tenían diez años.

Mikal alzó la mirada, Jeo se acercó hasta él y se abrazaron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Jeo cuando se separaron.

Mikal lo abrazó de nuevo.

—Iba a entregar unas armas que les he reparado —dijo al final, imprimiendo, como siempre, una gran solemnidad a sus palabras, con un leve movimiento de las cejas, que se unían en el centro—. Trabajo en una armería.

A su alrededor la madraza era un bullicio de voces de niños que, ajenos a las privaciones de la vida, rezaban como comían, con un hambre voraz.

Jeo no dudó en hablarle de Afganistán a su amigo, a quien casi consideraba su hermano. Era un amor fraternal en su máxima expresión, pero no en sentido literal. Mikal tenía diez años cuando su hermano mayor y él fueron a vivir a la casa de Jeo. Mikal llegó con un libro de constelaciones bajo un brazo, sus grandes páginas llenas de héroes y animales atrapados en redes tachonadas de diamantes. Del cachorro que llevaba en el otro brazo habría de deshacerse al cabo de dos meses, cuando se dieron cuenta de que era un lobo. Los dos tenían la misma edad y no tardaron en hacerse inseparables; Jeo sentía auténtica venera-

ción por Mikal, que siempre se mostraba alerta y se manejaba de forma muy contenida y con una gracia que moldeaba todos sus movimientos, a pesar de que esta se veía interrumpida durante breves períodos, cuando alguien lo hacía enfurecer y decidía desaparecer.

—¿Vas a ir a Afganistán? —preguntó Mikal cuando Jeo acabó de hablar.

—Solo un mes. Más adelante quizá vaya más tiempo.

—¿Y tus estudios?

—Ya me pondré al día.

Cuando Jeo tenía doce años, Rohan lo llevó a que presenciara su primera intervención quirúrgica, y a los trece ya sabía algunas de las cosas que le enseñaron en el primer año en la facultad de Medicina.

Jeo se ofrece a llevar a Mikal a la armería y tienen que sortear el denso tráfico de la ciudad.

—Aún no me has contado por qué desapareciste del mapa el año pasado —le dice a Mikal sin volver la cabeza—. Te perdiste mi boda. Y desde entonces solo nos has hecho una breve visita. Me pregunto si recuerdas siquiera el nombre de mi mujer.

—No sabía que ibas a casarte —dijo Mikal.

Los padres de Mikal habían sido comunistas. A su padre lo detuvieron cuando él nació y no volvieron a verlo. Fue la muerte de la madre, al cabo de una década, lo que llevó a Rohan a adoptarlo a él y a su hermano. La gente que lo estaba pasando mal iba a ver a Mikal y le pedían que rezara una oración por ellos porque, según se decía, los huérfanos pertenecían a ese grupo de seres a los que Alá siempre tomaba en cuenta.

En la armería había una pared cubierta por seis hileras de AK-47. Si hubieran sido verdaderos, los fusiles habrían costado unas ochenta mil rupias cada uno, pero estos eran réplicas, por lo que su precio se reducía a una cuarta parte. El día después de que Occidente invadiera Afganistán, ofrecieron un «descuento devoto» para aquellos que desearan comprar el arma para ir a la yihad. También había reproducciones de armas más antiguas, de fusiles que se podían encontrar en las armerías de la Torre de Londres, pistolas chinas del calibre 30, Ballester-Molinas argentinas. En la pared había una gran fotografía de una bandada de

águilas adiestradas para luchar en guerras humanas, con las alas extendidas en un ángulo muy abierto, como atriles vivos; un sueño de la tierra del pasado.

El propietario le dio una serie de instrucciones a Mikal sobre las diversas reparaciones que debía llevar a cabo y luego se marchó para responder a la llamada del muecín. El gatillo de una escopeta estaba encasquillado y el dueño de un revólver quería que hiciera más ruido al dispararlo. Mikal abrió la recámara de la escopeta con un gesto rápido del antebrazo y extrajo el cañón.

—Conque Afganistán —dijo.

—Eres la única persona a quien se lo he contado.

—¿Y si te sucediera algo?

—¿Vendrás a casa antes de que me vaya?

Los vínculos entre ellos se habían reforzado, ya que la hermana de Jeo estaba casada con el hermano de Mikal.

—Jeo, podría pasarte algo. Podrían matarte, o podrías perder la cordura, una extremidad o los ojos.

—¿Y si todo el mundo empezara a pensar como tú?

Mikal lo miró fijamente, pero al final se centró en su trabajo. Jeo se dio cuenta de que la meticulosa mente de su amigo estaba absorta en la tarea que tenía entre manos. Mikal disfrutaba desentrañando los secretos de todo aquello que tuviera que ver con la mecánica. En una ocasión estuvo a punto de robar un helicóptero. «No deberían haber dejado las llaves puestas —dijo—. Pero cambié de opinión cuando vi el número de marchas.» Con catorce años ya había conducido un bulldozer, varios coches y un barco.

—Antes hacías juguetes —dijo Jeo.

Mikal se inclinó hacia atrás y, sin mirar, abrió el armario que tenía detrás y sacó un pequeño camión de cuerda. Hizo girar la llave varias veces y lo dejó sobre el mostrador de cristal. Jeo situó la mano junto al borde para que el camión no cayera al suelo.

—Quédatelo. Es tuyo. —Mikal deslizó la llave sobre el mostrador para dársela—. ¿Y si te dijera que estoy dispuesto a ir contigo?

—No necesito que nadie cuide de mí.

Mikal había abierto el cargador del revólver con el pulgar y estaba en posición de semiamartillado, pero entonces hizo una pausa y alzó la mirada.